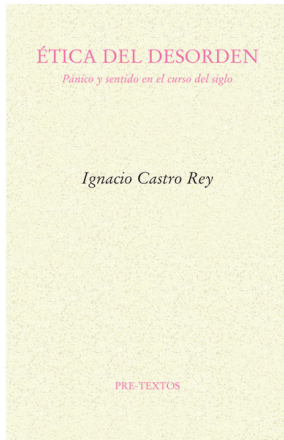


Ética del Desorden.

Pánico y sentido en el curso del siglo

IGNACIO CASTRO REY

Pre-Textos, 2017.



Un “desorden” urgente para advertir de los riesgos que entraña nuestro presente

En *Ética del Desorden. Pánico y sentido en el curso del siglo*, de Ignacio Castro Rey, encontrará el lector un selvático desorden de citas expresas y soterradas, confesiones, cavilaciones, desahogos, augurios, metáforas, ejemplos, anécdotas, repeticiones, palabras españolas ignotas u olvidadas, símiles y fragmentos de ensayo, que expresan con destreza el sentido deseado por el autor: adentrarse en un desorden de vivencias, sensaciones e ideas, entablando una relación ética con el propio desorden; es decir, ajustando todo lo posible el estilo y la disposición anímica del autor al objeto de su escrito. Hay así en el libro una postura *ética* hacia el desorden, entendida como la *adecuación* laboriosa del texto y la entrega de su autor al sentido que trata de ser expresado. Como corresponde a una relación verdaderamente ética con este desorden, el autor emprende su viaje en solitario, sin contar de entrada con la compañía de un posible lector futuro, o al menos sin dar

esta compañía por supuesta o garantizada. No intenta, por tanto, congraciarse con el lector de antemano, encontrar en él a un testigo silencioso que admire su ajuste de cuentas con el desorden, que apruebe o censure su trato con el mismo. No apela al lector en calidad de confesor, ni de juez, ni de cómplice a quien seducir con su escrito, tampoco en calidad de huérfano mudo necesitado de alguien, un representante, que ponga voz a sus peticiones. El autor escribe *literalmente* a solas, como si el lector no existiera y nunca fuera a existir. Este libro no es un pretexto del autor para conquistar la atención de un lector desprevenido.

El intrépido lector, ya sea cultivado o silvestre, que se adentre en sus páginas se verá por momentos abrumado y tendrá dificultades para mantener la concentración en su lectura de manera continuada; es posible que trate por todos los medios de buscar un hilo para orientarse y acaso se consuele con el índice separado en cinco capítulos, una introducción y un epílogo. El consuelo será momentáneo porque, manteniendo su atención despierta, se percatará fácilmente de los efectos alborotadores del desorden, ya que cualquier capítulo podría reemplazar indistintamente a la introducción o al epílogo y viceversa, incluso el epílogo a la introducción y a la inversa. No encontrará el lector, parece, otra explicación a la distribución de los contenidos conforme a un orden en el índice, más allá de la mayor brevedad en la extensión de la introducción y el estilo aforístico del epílogo; pero se encontrará desconcertado si intenta buscar una razón de por qué esto es así y no de otra forma, ya que ni la extensión ni la enumeración sucesiva actúan en el libro como criterios para construir un orden. No hay orden. El lector entonces tendrá que entregarse a ciegas al título de la obra y dejarse llevar por la propuesta ética hacia el desorden, manteniéndose solo a la escucha.

Urge hacerse cargo de los síntomas de los que advierte el autor dejando hablar al desorden, ya que acaso sean síntomas que atañen a cualquiera. Explicaremos ahora en qué sentido el libro muestra los riesgos que para la vida humana supone nuestro presente inmediato, como habitantes que somos de lugares en los que este libro puede llegar a nuestro conocimiento o a nuestras manos. Para llamar la atención sobre esta urgencia esta reseña es ahora, sin embargo, algo desobediente, puesto que enumera y sintetiza dos tesis íntimamente relacionadas que aparecen e insisten en medio del texto: 1/ El desorden en general es inexorable y tiene un carácter esencial, ligado a la constitución del propio tiempo que a traviesa a todo ente y no solamente a la existencia humana; 2/ El lenguaje no es un acto humano cuyos productos estén reflejados en las distintas lenguas naturales, sino una forma de expresión del ser en su hacerse efectivo como aparecer y apertura de mundo. Si el libro es una advertencia acerca del carácter problemático de nuestro mundo circundante, que hace de su lectura detenida una necesidad, es porque hay síntomas en sus páginas que impelen

a situar un *lugar* que motiva la expresión de ambas tesis, a riesgo de amenazar el pretendido sentido ontológico y no social o antropológico de las mismas en esta obra en particular.

A riesgo, entonces, de caer en el sociologismo, parece que hay motivos de peso para señalar que determinadas formas de sociedad y de relaciones humanas pueden conducir a que las tesis anteriores se imploren casi como una forma de ruego. Pudiera pensarse que el carácter precario que caracteriza a la época de transitoriedad generalizada en que vivimos, donde prácticamente cualquier cosa y cualquier vínculo o relación humana, cuya consistencia es acaso más frágil o invisible que la de las cosas y sin embargo constituye, generalmente, un mayor objeto de deseo y preocupación¹, muestra una condición más cercana a la aparición intermitente azarosa que a la caducidad, ya que para esta última hay al menos un factor de previsión y anticipo a tener en cuenta. La caracterización de la vida como pasajera, fugaz o caduca pudiera corresponder, por ejemplo, al retrato de la vida en una gran ciudad por parte de quien creció en contacto con otras formas de vida no tan urbanas, pero más sólidas, estables y previsibles. Un mundo rural de piedra o barbecho frente a un mundo líquido urbano. No parece, sin embargo, que se trate de una cuestión de duración más o menos breve de los vínculos humanos y de las tareas y obras humanas en general. Sería una caricatura sugerir que en *Ética del Desorden* hallamos poco menos que el testimonio de una víctima urbana del *rural idyll*, que simplemente añora la aldea porque la ha idealizado engrandeciendo las virtudes que observa en ella por oposición a las desventajas – entre ellas irremediablemente el cruel anonimato - que ofrece la vida en una gran ciudad.

Creo que la crítica de Castro Rey es mucho más radical y se sitúa en una etapa posterior a la ya conocida antítesis entre el campo y la ciudad. El grado de fugacidad e incertidumbre que caracteriza a esta nueva era de transitoriedad que vivimos y que afecta por igual, al menos potencialmente, a los habitantes del campo y de la ciudad, hace que la existencia continuada de los vínculos humanos y de la situación de la vida individual y colectiva en el presente, esto es, su persistencia, la cual le permita a estas relaciones y situaciones al menos ser nombradas o deletreadas si no ya narradas por extenso y de forma detallada, se convierta en una contingencia completamente azarosa. El acontecimiento o el evento presentados de este modo no son ya meramente momentos de liberación de una maraña burocratizada y gris que produzca el hastío de la vida en la gran ciudad y motive el regreso a costumbres atávicas en busca de algún sentido. Son más bien síntomas de que la imprevisibili-

¹ Hasta la fecha parece haber un acuerdo generalizado en que es posible necesitar ayuda terapéutica, por ejemplo, para lograr superar la pérdida, deterioro o peligro de una relación humana; pero por el momento, sería considerado excéntrico solicitar una ayuda semejante para lograr superar el extravío de cualquier cosa.

dad y precariedad de nuestra condición ha llegado a ser tal, que ni siquiera se puede proponer en serio como remedio la escapada o huida de la gran ciudad licuadora, porque no hay ningún *afuera* donde vayamos a recuperar lo extraviado en el presente. Castro Rey sitúa en la *infancia*, esto es, en un pasado deslocalizado que solo existe en la memoria y que de ningún modo va a regresar (siendo lo único “sólido” a lo que podemos aferrarnos en el imperio de la transitoriedad) el horizonte de sentido que acompaña como una sombra a toda nuestra vida presente, ofreciéndole una consistencia y pegamento que de otra forma le serán siempre sustraídos.

En este punto puede resultar enigmático e incluso peligrosamente atrevido el diagnóstico del autor sobre una sociedad que *ha olvidado ese afuera*, queriendo escapar de la muerte, sin percatarse de que irremediablemente esa sociedad lleva siempre consigo ese afuera que la va destruyendo lentamente, muriendo poco a poco. A partir de lo anterior podrá el lector preguntarse si ese olvido es un acto voluntario, lo cual nos convertiría a todos en suicidas y víctimas de una circunstancia que no tiene arreglo y no podemos solucionar y que incluso nosotros mismos pareciéramos haber causado; o bien si ese olvido no es más bien el resultado de una amnesia colectiva producida por una coyuntura vital concreta que urge ser escuchada y remediada.

TERESA ÁLVAREZ
Becaria FPU en la Facultad de
Filosofía de la Universidad Complutense.